

EL TORO SILBADO

Gladiador del siglo veinte
que no supiste caer.
¡Malhaya quien mal acaba
lo que pudo acabar bien!

Airado te increpa el César
atronando el redondel,
mientras sin honra y agónico
te retuerces a sus pies.

Gladiador del siglo veinte,
no es difícil suponer
que quien tragedia deglute,
también tiene que comer.

Y en el siglo en que has nacido,
manjar delicioso es
ver dos cuernos y un estoque
que juegan al esconder.

Cuando a la plaza saliste,
ya debiste comprender
que, mansurrón o valiente,
llevabas las de perder;
que tanto insistir, tenía
su lógica y su porqué,
y que era morir matando
tu prestigio y tu laurel.

Aunque si en bravo lo dieras,
te confieso que no sé

con qué te hubieran pagado
tu valor e intrepidez.

Hay cosas en este mundo
difíciles de entender,
y ésta es una entre las muchas
que no se comprenden bien.

Acosado, reculabas,
mugiendo con timidez,
en súplica de una vida
que era inútil defender.

Cuando a morir nos empujan,
no vale retroceder;
ser Riego o Empecinado,
igual para el caso es.

Nostalgia de abrevadero,
de cerrado o de vergel,
junto a la mansa vacada,
en horas de placidez,
sin duda, que te quitaron
la fuerza de acometer.

O aquel sueño que tuvieras
en que con tu hermano buey
marchabas por la campiña
llevando el carro de mies,
tras un gañán, ese mismo
que te mira con desdén
al ver en ti fracasados
sus pases y volapiés.

Hay cosas, vuelvo a decirte,
difíciles de entender.

El tiraba a lo arrojado,
y era diestro en el vencer;

aunque a veces su destreza
se le vuelva del revés:

Eran parte en la contienda
tu bravura y tu poder;
y tú, clavado en la arena,
no le dejabas hacer.

Tu dolor estaba en juego
ciertamente, pero ¿y qué?
el dolor ruge en lo oculto;
es callado y no se ve.

Tú eras un bruto insensible,
y hay famas que sostener;
y lo importante es la fama
que has querido oscurecer.

El soñaba con matarte;
tú, con triscar y pacer;
pensamientos muy dispares
entre un hombre y una res.

Te citó a que le mataras,
para matarte después;
y el reto, cumplidamente
debiste corresponder.
—Morituvus vos salutat.—
debió tu consigna ser.

Cuando a morir nos empujan,
¡inútil retroceder!

Gladiador del siglo veinte
que no supiste caer.
¡Una cornada certera,
y hubieras quedado bien!

VICENTE NERIA

«LOS DIOSES MENORES»

LA exposición filipina del Retiro guardaba entre otros encantos una gruta rústica sobre la cual se levantaba un templete amanerado y remotamente árabe. En sus paredes se leían poesías e inscripciones en todos los estilos literarios. Pero lo más corriente eran los enlaces de nombres: «Julio y Matilde». O una fecha y debajo: «¡Ingrata!». Todo ello de un lirismo fiambre. Otras veces el epitalamio tenía historia; y algunas veces el letrero era un grito del alma: «El Director de mi Colegio es un tal y un cual». Lapidario.

Allí hemos fumado nuestro primer pitillo y hemos descubierto el amor. Y de aquel rincón hicimos cuando estudiantes nuestro Ateneo donde discutíamos todo y por todo, cambiábamos nuestras impresiones o nos leíamos de cabo a rabo el «Gedeón» de Navarro Ledesma y Roure y el «Madrid Cómico» de Sinesio Delgado. Y oíamos con la boca abierta las bélicas fantasías de Pepe Cousiño y examinábamos sus diseños para los figurines de los brillantes uniformes de sus bravos coraceros de Silesia, el *Feudo* de sus fantásticas aventuras y hechos de armas.

Por él conocí en los claustros de la Universidad Central al inolvidable Andrés Amado, el profesor-periodista y novelista gallego Prudencio Iglesias Hermida y al poeta Santiago Iglesias y Gallego Figueroa.

Todos ellos han fallecido ya.

Andrés Amado era el asombro de todos. Simpático y dicharachero, reidor y dinámico, en todas partes estaba: en todas partes se le oía reír. Pero llegaban los exámenes y siempre los suyos eran los mejores y él el primero. Se le veía en una fiesta y al día siguiente era el número uno en sus oposiciones a Abogado del Estado. Se le veía riéndose con su risa franca y alborozada en su butaca de la cuarta de Apolo y le sobraba tiempo para el día siguiente ser Director General con don José Calvo Sotelo. Se le veía de paseo por la Castellana u honrando su toga por las Salesas, y al otro día era Ministro de Hacienda bajo la Presidencia del Caudillo Español. Y siempre llano, reidor, y con su eterno puro entre los dientes.

A Santiago Iglesias y Gallego Figueroa, al que todos llamábamos «Chipito», le tuve por mi colaborador. ¿Dónde habrá ido a pa-